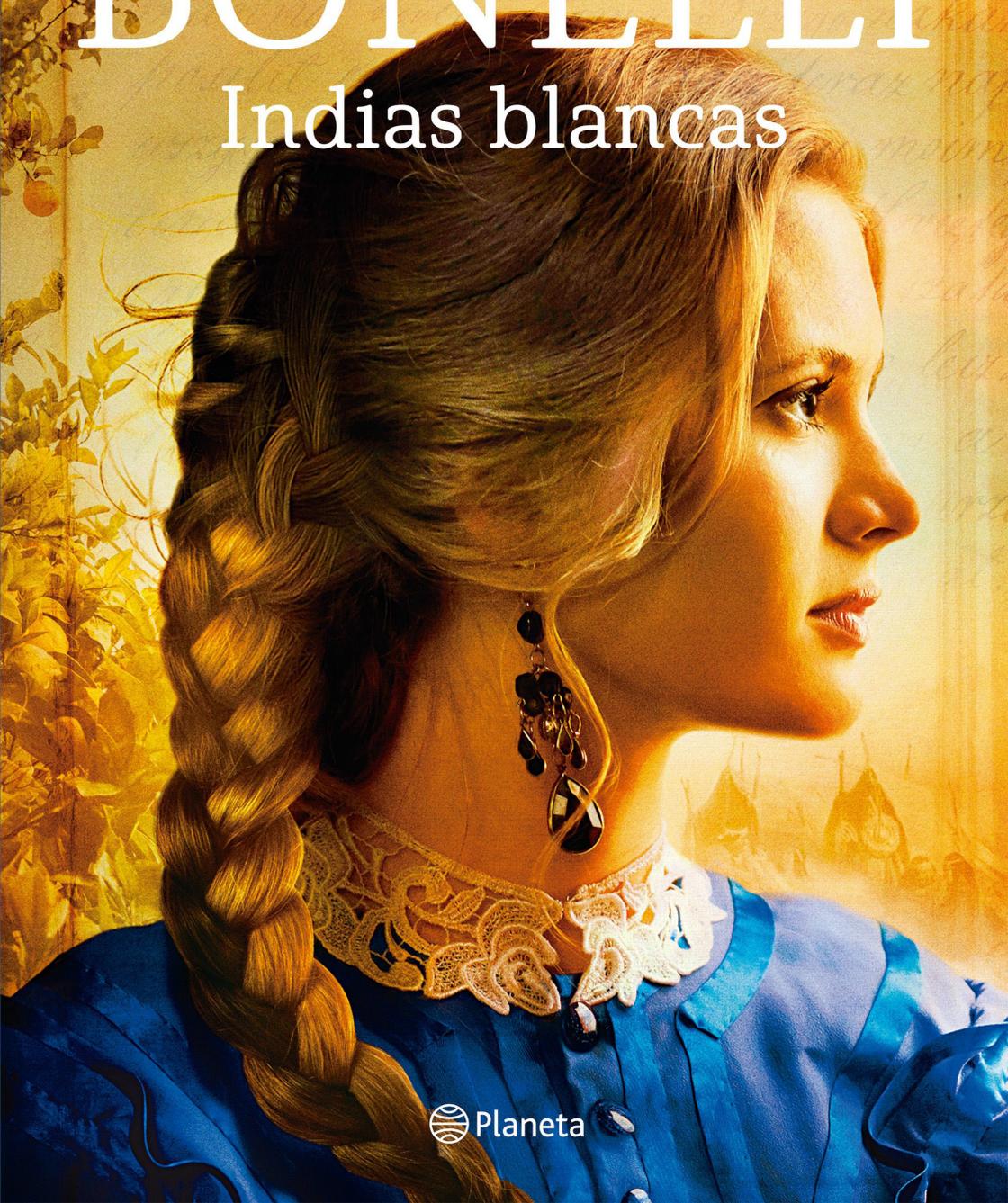


FLORENCIA BONELLI

Indias blancas



FLORENCIA BONELLI

INDIAS
BLANCAS

 Planeta

Capítulo I

Una voluntad poderosa

La tarde que Laura Escalante recibió el telegrama del padre Donatti no pudo evitar que su madre, sus tías y su abuela se enteraran. Incluso debió leerlo en voz alta. «Agustín grave. Carhunco. Avisa general Escalante. Padre Donatti». El sacerdote lo había despachado en la villa del Río Cuarto, donde se hallaba el convento franciscano en el cual él y Agustín vivían desde hacía casi cinco años.

Las cuatro mujeres permanecieron calladas, mientras Laura repasaba las líneas en silencio. Al levantar la vista, descubrió el semblante fosco de su madre, ese ceño que conocía bien y que le dio a entender que olvidara lo que acababa de ocurrírsele.

—El carhunco es muy contagioso —informó tía Soledad.

—Y en ciertos casos, mortal —agregó tía Dolores, con aire de pitonisa en oráculo.

—No irás a verlo —expresó Magdalena, la madre de Laura.

—¿Es que se te había cruzado la idea por la cabeza? —preguntó la abuela Ignacia, con ese acento madrileño que, después de casi cincuenta años en Buenos Aires, no perdía por orgullo.

—Agustín es mi hermano —tentó la muchacha.

—Medio hermano —arremetió Soledad.

—E hijo de una cualquiera —completó Dolores.

—Bueno, bueno —terció Magdalena, que prefería no recordar a la primera mujer de su esposo ni siquiera para denostarla; ya suficiente tenía ella con sus celos y rencores—. Lo cierto es que no irás, yo no puedo acompañarte y tú sola no pones un pie fuera de esta casa.

En otra ocasión Laura habría comenzado un pleito, pocas cosas la estimulaban tanto como polemizar con «el cuarteto de brujas», apodo que María Pancha, la criada, usaba para referirse a las patronas mayores. Esta vez, el desánimo por la noticia de la enfermedad de Agustín la

guio al interior de la casona sumisa y silente, con los ojos cálidos y la boca trémula. Las mujeres la contemplaron partir y luego retomaron sus bordados.

—¿Quién le avisará a Escalante? —preguntó Soledad, que se animó a expresar lo que las otras no.

Las miradas se posaron en Magdalena, que siguió afanada en su labor de encaje a bolillo.

—Hace años que Escalante no habla con su hijo —expresó a modo de excusa y sin levantar la vista—. Desde que Agustín tomó los hábitos —añadió, como si sus hermanas y su madre no lo supieran.

—¡Qué hombre tan impío! —soltó Ignacia, expresión que siempre usaba para manifestar la aversión por su yerno. En otros tiempos no había sido así, pero de eso hacía muchos años.

—Si estuviese tía Carolita ella podría escribirle —aportó en vano Soledad, pues tía Carolita se hallaba en París y no regresaría en varios meses.

Ninguna volvió a hablar. Se concentraron en los trabajos de pasamanería, encaje y bordado que les tomaban gran parte de la tarde y que María Pancha vendería al día siguiente en la Recova antes de ir al Fuerte a ofrecer a los soldados sus confituras y pasteles. Quienes comprasen los primorosos entredoses, los encantadores cuellos con terminación de puntilla o los alamares para embellecer los trajes militares pensarían en la habilidosa negra María Pancha como la autora de tan delicadas labores, pues revelar que las mujeres de la familia Montes trabajaban para sostenerse resultaba inadmisibile.

Laura escribía con celeridad en el tocador de su dormitorio. Nada quedaba del semblante compungido de momentos atrás. Poco había bastado para que se le ocurriese una idea y se disponía a llevarla a cabo. Siempre se salía con la suya, como decía a menudo la abuela Ignacia.

María Pancha entró en el dormitorio de Laura y cerró la puerta con sigilo. Sabía lo del telegrama, por eso había llorado. La negra quería y respetaba a pocas personas, pero a Agustín Escalante, lo adoraba. Era su hijo, aunque no lo hubiese parido, porque, junto a la señora Carolina, lo había criado como propio. Se acordaba como si fuese ayer de la primera vez que lo había sostenido en brazos, recién nacido, o la ocasión

del primer baño, o la de los primeros pasos en el solado de la casa de Córdoba. Recordó también la vez que, siendo un niño de cuatro años, tropezó y se cortó el mentón. Aunque asustado por la sangre, se había comportado valientemente y no había llorado mientras ella lo curaba con agua de Alibour. A los ojos de la negra, Agustín Escalante carecía de defectos. Se trataba de un ser noble, dulce y generoso, y al mismo tiempo sagaz y determinado. Y ahora le decían que estaba muriendo. La vida no podía ensañarse una vez más con su niño, no con alguien como él. Se cubrió el rostro y se puso a llorar de nuevo.

Laura se acomodó junto a María Pancha y le pasó el brazo por los hombros. Conocía el amor incondicional que la mujer le profesaba a su hermano. Ella misma lo quería entrañablemente. Agustín encarnaba una especie de héroe de cuentos a quien recurría en cualquier adversidad y que siempre la salvaba. La había encubierto en sus travesuras de niña o defendido de la ira de su madre, le había hecho más llevaderas las penitencias, regalado golosinas que Magdalena jamás habría consentido que comiese, prestado libros a los que ella no tenía acceso y enseñado a decir frases en latín. Los domingos, después de misa, la llevaba de paseo a la plaza y la mostraba con orgullo a sus amigos, que le habían tomado cariño, pues era una niña muy bonita y ocurrente.

Una tarde Agustín dejó la casa paterna en Córdoba y se confinó en el convento de San Francisco. Por algún tiempo no recibió a nadie en su celda y solo se comunicaba por escrito con María Pancha. Laura creyó que su hermano había dejado de quererla y se apagó como un pabilo frente al viento; casi no comía y merodeaba por la casa sin saber qué hacer ni adónde estar. No era ella misma, le faltaba una parte fundamental de sí: su hermano mayor. Experimentó el repentino abandono de Agustín como una traición y, en un arrebato de llanto y furia, le dijo a María Pancha que lo odiaba. Al día siguiente, la criada le anunció que Agustín deseaba verla, y a Laura volvieron a brillarle los ojos.

Debieron ir a escondidas al convento, porque el padre de Laura, José Vicente Escalante, había decretado que Agustín ya no era hijo suyo y que nadie de la familia volvería a tener tratos con él. Laura nunca había sido una niña obediente y recibió esa orden con indiferencia. Durante una siesta, ella y María Pancha se escabulleron por el portón de mulas y corrieron hasta el convento, distante solo pocas cuerdas.

Las recibió el padre Donatti, confesor y amigo de Agustín, e hizo una excepción al permitirle a la pequeña encontrarse con su hermano. Lo aguardaron en el patio de la iglesia donde tantas veces Laura había jugado mientras su madre se confesaba con el padre Donatti. El convento de San Francisco era sólido y sobrio, y carecía absolutamente de aparatosidad y boato. El pórtico que daba al jardín tenía incluso las columnatas con la pintura descascarada y faltaban algunas tejas en la cornisa, como una encía sin dientes. Solía ir al convento con buena disposición; ese día, sin embargo, a Laura se le antojó que aquel recinto silencioso y simple había perdido el encanto de ocasiones anteriores, cuando el sol daba de lleno sobre el empedrado y las ramas de los jacarandás parecían guirnaldas. Ese día estaba nublado y las flores eran un pegote sobre los adoquines. Su hermano se había vuelto loco al cambiar ese sitio por la comodidad y el lujo de su hogar. Ciertamente Agustín nunca había mostrado mayor inclinación por las riquezas y el poder del respetado general José Vicente Escalante; más bien se complacía en cuestiones que nada tenían que ver con los negocios del padre, lo que había erigido un muro entre ellos, una distancia y una frialdad que incluso Laura, en su corta edad, había notado.

Agustín las recibió en una sala pequeña desprovista de mobiliario y adornos, solo una banqueta larga donde se sentaron los tres muy juntos. Laura se aferraba a la cintura de Agustín y lloraba a pesar de que se había propuesto no hacerlo. Su hermano había perdido peso, tenía la expresión más saturnina que de costumbre y se estaba dejando crecer la barba. Vestía una túnica de tela basta, color marrón, y sandalias.

—He decidido tomar los hábitos, Laurita —soltó Agustín.

Laura lo miró llena de espanto, mientras trataba de pensar en una frase contundente que lo hiciera cambiar de parecer, que le abriera los ojos y lo enfrentara a su error. Él no había nacido para llevar hábito ni para vivir entre las sombras de un convento.

—No podremos salir de paseo los domingos —intentó, pero se dio cuenta de que a Agustín no se le movía un músculo de la cara—. Ni tampoco podrás estar con tus amigos ni jugar al billar en el café de los Plateros —probó esta vez, sin mayor esperanza, pues Agustín seguía inmutable.

—Nada de eso importa ahora, Laurita —expresó el muchacho, y su voz sonó tan tranquila y segura que Laura tuvo la certeza de que nada lo conmovería—. Lo único que deseo que sepas es que te quiero y que nunca dejaré de quererte. Y como sé que tú también me quieres, estoy seguro de que no te opondrás a que yo haga esto que deseo desde hace mucho tiempo.

Agustín no lo supo, porque Laura escondió bien sus sentimientos para no defraudarlo, pero esa tarde dejó el convento con el corazón hecho trizas. La casa ya no fue la misma sin él, ella tampoco. Incluso el adusto general Escalante, que aparentaba no importarle, se tornó meditabundo e introvertido, y pasaba más horas en su estudio con una botella de coñac como única compañía. Magdalena también echaba de menos las maneras contemporalizadoras de su hijastro y su conversación entretenida. María Pancha, que culpaba al general de la decisión de Agustín, se retiró a los interiores de la casa y prácticamente no se mostraba durante el día. Una sombra pareció cernirse sobre la familia Escalante.

Con el tiempo, Laura entendió que no había sido Agustín quien dejó a la familia sino que la familia lo había abandonado a él. Desde entonces se afanó en mantener vivo el contacto con su hermano. Quería que Agustín supiera que al menos ella se interesaba, que al menos ella aún lo quería profundamente. Le enviaba largas cartas relatándole sus cotidianidades; canastas repletas de manjares que Agustín entregaba a los mendigos; libros que robaba de la biblioteca del general; roscas en la época de Pascuas y budines con pasas y nueces para Navidad; prendas de lana para el invierno —estaba segura de que el convento de San Francisco era, sobre todo, un sitio gélido en los meses invernales— y camisas muy costosas de lino para el verano. Lo visitaba cada vez que ella y María Pancha lograban sortear la custodia de Magdalena y obtener los difíciles permisos del convento, pues hasta que se ordenara, el contacto con los de afuera se retaceaba.

Laura había hecho de todo en aquella época, lo haría también ahora para llegar al convento de Río Cuarto y asistirlo en su enfermedad, así tuviera que pelearse con medio país. Le importaba un comino su madre, sus tías, su abuela y la familia Montes completa. Con respecto a su padre, hacía tiempo que no lo veía y ya se había acostumbrado

a no tomarlo en cuenta. Él se ocupaba de sus negocios en Córdoba —eufemismo que Magdalena invocaba para disfrazar una separación de años— y Laura vivía en Buenos Aires, bajo la tutela de sus abuelos. La distancia y el tiempo hacían lo suyo, y casi no recordaba que le debía respeto y consideración. En realidad, Laura jamás había experimentado ese miedo cervical que atenazaba a la mayoría cada vez que el general Escalante pegaba unos cuantos gritos o fruncía el entrecejo. A su padre, ella había sabido domeñarlo. Cierto era que se habían encontrado en un punto de la vida del general en el cual el hombre venía «con el caballo viejo y cansado», como solía aceptar el mismo Escalante. Le escribiría avisándole de la enfermedad de Agustín, porque sabía que nadie de la familia lo haría, pero no esperaría respuesta y seguiría adelante con su plan.

—No llores, María Pancha —pidió Laura más bien imperiosamente, y la negra se secó las lágrimas con el mandil—. Necesito que llesves esta carta ahora mismo. Es para Julián.

—¡Para cartas de enamorados estoy yo! —se mosqueó María Pancha y le puso la esquila de nuevo en la mano.

—¡Qué enamorado ni qué ocho cuartos! Julián es mi amigo, no mi enamorado, y porque es mi amigo, lo necesito ahora. Llévale la carta y espera la respuesta. Tiene que ver con Agustín —agregó.

—No voy si no me dices de qué se trata.

—Mi madre no quiere que viaje a Río Cuarto. Le pediré ayuda a Julián.

—¡Ay, Laura! —exclamó María Pancha y miró al cielo raso—. ¿Por qué presiento que estás por meterte en un gran lío?

—¡Deja de hacer tanta alharaca! ¿Acaso no quieres estar con Agustín? —La mujer asintió—. Entonces, ayúdame y no me pongas obstáculos en el camino. Ya tengo y de sobra con el cuarteto de brujas.

Julián Riglos era *habitué* del café de Marcos, a la vuelta de la plaza de la Victoria, a pasos del fragor y gentío de la Recova Nueva. Le gustaba pasar las últimas horas de la tarde sentado en la misma mesa, cerca de la ventana, polemizando con sus amigos, algunos tan aristocráticos como él, otros sin tantos blasones, pero con carisma e inteligencia suficientes

para granjearse la simpatía del resto. Algunos no eran mozalbetes ya y hasta podían contar sus peripecias durante la época de Rosas, cuando la palabra muerte se escribía en una bandera roja como la sangre que se vertía casi a diario en San Benito de Palermo y en la plaza de la Victoria. Se relataban anécdotas que a veces resultaban inverosímiles. Uno de estos parroquianos aseguraba que a su padre, por unitario, lo habían fusilado en Santos Lugares y luego le habían enviado a su madre, como presente, la cabeza en una caja con sal. Muchos habían pasado esos años en el exilio y guardaban una antología interminable de relatos que a Julián le fascinaba escuchar.

Hacía más de veinte años que Juan Manuel de Rosas había caído en Caseros al enfrentarse con las tropas del general Urquiza, y Julián, un joven de veintiuno en ese entonces, que estudiaba leyes en Madrid, poco sabía de todo aquello. Por eso disfrutaba las conversaciones del café en las que recogía información valiosa para el libro de historia argentina que escribía desde hacía algún tiempo. El trabajo resultaba arduo, porque siendo la Argentina un país tan joven, existían poca bibliografía y crónicas. Además, por momentos la trama de los hechos políticos se presentaba compleja y enmarañada, difícil de entender y peor aún de explicar. Solía permanecer despierto hasta altas horas de la noche reclinado sobre su escritorio, la vela prácticamente consumida y la casa en completo silencio, escribiendo con frenesí las ideas que como luces de relámpago le venían a la mente. Debía retenerlas en ese instante sino desaparecían tan deprisa como habían llegado. Un momento después, repentinamente cansado, dejaba la pluma en el tintero, cerraba el cuaderno de notas y se ponía a pensar en Laura Escalante.

Él visitaba a Catalina del Solar para la época en que conoció a Laura. Fue un encuentro casual. Una niña de no más de trece años que caminaba de la mano de su criada por la calle del Potosí lo dejó como petrificado cuando la vio desde su mesa en el café de Marcos. Se notaba que no era de la ciudad, miraba a su alrededor con fascinación y sorpresa, le comentaba a la criada y le señalaba los edificios y a los transeúntes como si aquello fuera parte de un mundo ignoto que se le revelaba esa mañana. Le brillaban los ojos oscuros, y las mejillas sonrosadas acentuaban su condición de niña. Los bucles color de trigo rebotaban sobre sus hombros al ritmo de un paso retozón.

Julián arrojó unas monedas sobre la mesa y dejó el lugar sin despedirse. La habría alcanzado y preguntado el nombre si el gesto de la criada que la acompañaba hubiese sido menos hostil. Era una negra de buena estampa: alta, delgada aunque con grandes pechos y caderas redondeadas; caminaba muy erecta, como desafiando; la mota al rape mostraba una cabeza de huesos perfectos, y las facciones no resultaban tan primitivas como las de otros africanos. «Quizá», pensó Riglos, «sangre blanca corre por sus venas». Calculó que rondaría los cuarenta. Llevaba un mandil impoluto y estaba bien calzada, lo que le llamó la atención. Con una mano conducía a la niña, mientras con la otra afeurraba una canasta vacía. Iban de compras al mercado.

Julián las siguió lo que duró el trayecto, preguntándose a cada paso si había perdido la cabeza: él, todo un hombre de treinta y cinco años, con cuestiones importantes que zanjar en su bufete, persiguiendo a una mocosa y a su sirvienta. Pero a medida que se les acercaba y que conseguía observar con detalle a la niña, incluso oírle la voz, se le acallaba el raciocinio y continuaba guiado por un deseo irresistible de tocarle la piel de la mejilla.

Enfilaron rumbo al barrio de la Merced, donde vivía lo más granado de la sociedad. Al pasar frente a la iglesia de San Ignacio, la niña bajó el rostro y se persignó. Tomaron por la antigua calle de la Santísima Trinidad, recientemente nombrada como «de San Martín», y antes de cruzar la de Cangallo, entraron en casa de los Montes, una de las familias más tradicionales de Buenos Aires. De hecho, Julián conocía a don Francisco Montes y a su mujer Ignacia, al resto de la parentela también. Se preguntó, muy intrigado para entonces, quién podría ser aquel ángel.

Fue la misma Catalina del Solar, su prometida, la que lo puso al tanto de que Magdalena Montes, la menor de don Francisco, casada con el general José Vicente Escalante, pasaba una temporada en casa de sus padres junto a su hija.

—Una temporada más bien larga ya que se comenta que dejó Córdoba porque no andan bien las cosas con el general —agregó doña Luisa, la madre de Catalina, que, si bien mujer afable y cariñosa, poseía el mal hábito de interesarse por el lado oscuro de la vida de las personas y darlo a conocer sin el más mínimo sentido de la discreción.

—Me extraña, doctor Riglos —prosiguió la matrona—, que no recuerde a Laurita Escalante, la niña que protagonizó semejante escándalo dos años atrás, cuando pasaba unas vacaciones en casa de sus abuelos. Usted debe de recordar aquel suceso. Ella y su primo Romualdo...

—Mamá —se impacientó Catalina—, el doctor Riglos no tiene por qué recordar las travesuras de cada niña de esta ciudad.

—¡Vaya travesura! —bufó doña Luisa.

En los preparativos para el festejo por el día de la Independencia que su padre organizaba cada año, Julián se encargó personalmente de la invitación para los Montes. La llevó un miércoles a las cuatro de la tarde, hora en que la señora Ignacia abría su salón a las visitas. Para su gran desencanto, no halló al ángel de bucles color de trigo entre las mujeres que se apoltronaban en la *bergère* con bastidores y agujas de bordar en las manos. Lo invitaron a sentarse y beber chocolate. Conversaron de nimiedades hasta que Julián se dirigió a Magdalena para preguntarle por su hija.

—Me han comentado que es una niña muy bonita —dijo, tratando de sonar lo más casual posible.

—Y muy malcriada —agregó doña Ignacia.

—¿Cómo se llama? —insistió Julián.

Se escuchó una vocinglería, luego un correteo en el patio y en el pasillo. La conversación se interrumpió y las mujeres intercambiaron miradas de vergüenza. Magdalena soltó el bordado con gesto de indignación, apenas si se disculpó y caminó a paso rápido hacia los interiores de la casa. Antes de que llegara a la puerta, un torbellino de muselina rosa y bucles de oro irrumpió en la sala y terminó en sus brazos. Era el ángel. Julián se puso súbitamente de pie.

—¡Mamita! —exclamó la niña, con la voz y el semblante más alegres que Julián recordaba haber escuchado y visto.

—Despacio, hija —ordenó la madre, refrenando las ganas de zamarrearla—. ¿No ves que el doctor Riglos ha tenido la deferencia de visitarnos?

—¡Compórtate, niña! —exclamó la abuela Ignacia, sin tantos remilgos para ocultar el fastidio.

—Discúlpela, doctor Riglos —suplicó Magdalena, mientras guiaba a Laura hacia el interior de la sala—. En Córdoba no teníamos posibilidad de departir en buena sociedad. Mi hija no está acostumbrada.

Julián reparó en la conjugación en pasado del «teníamos» y barruntó que la visita de la señora Escalante a casa de sus padres se prolongaría por tiempo indefinido, tal y como la señora Luisa del Solar había presagiado. Julián olvidó rápidamente sus conjeturas y enfocó la atención en la niña, que parecía una adorable muñeca de porcelana, de esas que había visto en Brujas tiempo atrás. Notó particularidades que no había tenido oportunidad de advertir aquella mañana en el Centro. Algunas pecas le moteaban la nariz, pequeña y recta. Le encantó la forma de los labios, aunque pensó que de seguro resultarían demasiado gruesos para los gustos de la época. Llevaba un vestido sencillo de muselina rosa pálido y botines blancos con los cordones desatados.

—Le presento a mi hija, doctor Riglos. Su nombre es Laura.

—Un verdadero placer, señorita Laura. —E hizo el ademán de besarle la mano.

—Te pareces a mi hermano Agustín, aunque él es más guapo que tú. Estudia para ser sacerdote. De la orden de San Francisco. Por eso ahora soy más devota de San Francisco que de cualquier otro santo. María Pancha me mostró una iglesia que está aquí cerca que se llama San Francisco, y ahí iré a misa todos los domingos. Mi hermano me enseñó a decir cosas en latín. Sé decir: «*Alea jacta est*», que es...

—Lo que dijo Julio César al cruzar el Rubicón —completó Julián y debió sofrenar la risotada que le trepaba por la garganta ante la expresión de Laura.

—¿Tú también sabes latín?

—¡Deja de tutear al doctor Riglos! —dijo tía Soledad al ver que doña Ignacia se encontraba incapacitada de pronunciar palabra; el descaro de su nieta había conseguido dejarla muda.

—Y por supuesto que el doctor Riglos sabe latín —agregó tía Dolores—. Cualquiera hombre decente lo sabe.

—Llaman a María Pancha. Que se lleve a esta niña —ordenó Ignacia, al recobrar el habla.

Sin hacer el menor caso de las reprimendas y las órdenes, Laura se sentó al lado de Julián. Lo miró de hito en hito, a sabiendas de que no debía hacerlo. Aquel hombre, tan parecido a su hermano mayor, era lo más interesante que había conocido en Buenos Aires.

—Dime, Laura —empezó Julián—, ¿sabes el significado de lo que tan bien has dicho en latín?

—Por favor, doctor Riglos, no le haga caso —intervino Magdalena—. Laura es una impertinente. Ya vendrá la criada y se la llevará.

—Nada de eso, señora Escalante —se atrevió a contradecir Julián—. Creo que su hija es una jovencita muy simpática y culta.

—Significa «la suerte está echada» —respondió Laura, con aire de orgullo.

—¿Y sabes qué dijo Julio César a su protegido Bruto antes de que este lo matara?

Laura negó con la cabeza, cada vez más entusiasmada con el invitado de la abuela Ignacia. No solo le recordaba a Agustín y sabía latinismos sino que parecía dispuesto a enseñárselos. Quizá hasta la llevara a pasear los domingos después de misa.

—Julio César le dijo a Bruto —continuó Julián—: «*Tu quoque, fili mi!*», que quiere decir: «¡Tú también, hijo mío!».

—*Tu quoque, fili mi!* —imitó Laura, como recitando—. «*Tu quoque, fili mi!*».

Apareció María Pancha y se llevó a Laura, que continuó repitiendo la exclamación del César moribundo hasta que su vocecita se perdió en el primer patio. La desilusión de Julián y la incomodidad de las señoras pusieron punto final a la visita.

El siguiente domingo, Julián fue a misa de diez en San Francisco, a pesar de que su familia era asidua concurrente de la de San Ignacio, la iglesia más refinada. A la salida, en el atrio, se presentó ante la niña y su inseparable chaperona, la negra María Pancha. La encontró adorable con su mantilla de encaje y el vestido en tonalidad malva. Llevaba un breviario primoroso con tapas de nácar y un rosario de perlas enredado entre los dedos. Se mostró tan efusiva y abierta como la tarde del miércoles en el salón de su abuela y le agradeció que le hubiese enseñado esa frase tan interesante de Julio César. Ya le había escrito a Agustín contándole acerca de él, de cuánto se le parecía y de que también le enseñaba latín. Laura aceptó encantada ir de paseo a la Alameda por la tarde. Le habían hablado maravillas de ese lugar a orillas del Río de la Plata, con sus arboledas y colchón de gramilla, donde las señoritas, protegidas por parasoles y pamelas, extendían grandes sábanas y se sentaban a disfrutar de las delicias que les habían preparado sus cocineras, tentando a los galantes caballeros que se arrimaban a saludarlas. En la

imaginación de Laura, el paseo de la Alameda era un sitio de fábula, más allá de las opiniones de tía Soledad y tía Dolores que insistían en que ya no era lo que antes, con «intrusos» de la peor ralea atestándolo a cualquier hora.

María Pancha, que mantenía unos pasos de distancia, no perdía el hilo de la conversación. Ella no era vieja, pero había vivido suficiente para saber que ese tal Riglos tenía pocas intenciones de parecerse al hermano de Laura. Se preguntó cuántos años tendría. Ciertamente, ya había pasado los treinta. Eso hacía una diferencia de alrededor de veinte años con su niña Laura. «¡Sobre mi cadáver Laurita se casará con un viejo verde!», se juró.

Todas las tardes de domingo, Julián pasaba a buscar en su birlocho nuevo a Laura y a María Pancha. Luego, recogían a Catalina del Solar y se dirigían a la Alameda. Julián refrenaba los caballos, elegía el camino más trafagoso y así dilataba los minutos previos antes de llegar a lo de su prometida. Amaba conversar con Laura, que se sentaba junto a él en el pescante y lo tomaba del brazo. La negra María Pancha se acomodaba en los asientos del carruaje y, a causa del ruido de los cascos y de la gente, poco escuchaba lo que ellos hablaban.

Catalina no sospechaba que Julián estaba perdidamente enamorado de Laura. Para ella, Laurita Escalante era una especie de hermanita menor a la que adoraban y sacaban a pasear para alejarla de las prédicas de la señora Ignacia. Laura, por su parte, admiraba a Catalina y le repetía que de grande quería ser como ella. Esa devoción de la niña hacia su prometida molestaba sobremanera a Julián, que habría preferido escenas de celos y riñas.

Estaba volviéndose loco a causa de lo que sentía por esa niña veintidós años menor que él, que quizá ni siquiera era púber. Los pechos apenas le despuntaban bajo el justillo, como pequeñas protuberancias poco estéticas. Su cara no era la de una mujer. Si bien de una belleza exquisita, las facciones conservaban la candidez de los años de la infancia. Pensaba como una niña, hablaba como una niña, se comportaba como una niña, saltaba y jugaba como una niña. Tenía solo trece años y él era un hombre ya, agobiado de responsabilidades y presiones familiares.

Como último recurso, dejó de verla. No volvió a encontrar excusas para visitar lo de Montes y suspendió los paseos a la Alameda

los domingos. Regresó a las misas de San Ignacio y, cuando desde la ventana del café de Marcos la veía pasar hacia la Recova de la mano de María Pancha, daba vuelta la cara y pedía un trago fuerte al camarero. Se atormentaba de noche pensando en ella y, una vez conciliado el sueño a duras penas, dormía mal, con pesadillas inexplicables y espantosas. Se levantaba sudado y con taquicardia.

Una mañana, apenas pasadas las doce y media, luego de atildarse especialmente, partió rumbo a lo de Montes. Sabía que doña Ignacia y sus hijas asistían a la misa de una en San Ignacio, de acuerdo a las costumbres más arraigadas en las familias decentes. De seguro, la encontraría sola. Le abrió la puerta María Pancha, que al mirarlo le dijo con los ojos lo que no hizo falta expresar con palabras. Julián se dio cuenta de que le tenía miedo. Se quitó el sombrero y bajó el rostro, sin atreverse a cruzar el portal. La criada se hizo a un lado y, con un ademán de la mano, le indicó que pasara.

—Voy a buscarla —anunció—. Está jugando a las muñecas en su dormitorio.

Laura apareció en la sala con dos muñecas, que soltó sin mayor cuidado sobre la *bergère* para arrojarse a los brazos de Julián. Él la recibió y la apretujó fuertemente, apoyando la mejilla en la cabeza de la niña. Lucía contenta y no parecía haberlo echado de menos, lo que lo mortificó. Sin embargo, Laura le recriminó esas semanas de lejanía y le preguntó por qué había vuelto a las misas de San Ignacio. Sin prestar demasiada atención a los pretextos de Julián, se sumergió de lleno en el tema que la apasionaba por esos días: sus dos muñecas nuevas, una regalo de su tía abuela Carolita y la otra de su padre. Le pidió que la ayudara con los nombres. Se mostraba especialmente encariñada con la de su padre, pese a que la de tía Carolita era mucho más linda, comprada en París. Le mostró los trajecitos que llevaban, la ropita interior con encaje y los zapatitos de raso, y lo comprometió a que le comprara unos vestiditos en la mercería de Fito Gonzalves, donde María Pancha ya había comenzado a vender las labores.

Entró la criada en la sala con una bandeja que presentó ante Laura y Julián. Había una copa con licor y otra con leche. Antes de tomar la copa, Julián levantó la vista para encontrar nuevamente los ojos oscuros de María Pancha, que parecían horadarlo. Laura bebió de un trago la

mitad de la leche y le quedaron bigotes blancos que limpió con el dorso de la mano.

—Está al llegar tu profesor de piano, Laura —recordó la criada—, y aún no te has preparado.

Julián apenas si dio dos sorbos al licor y se puso de pie. Laura se desilusionó por la corta visita y le suplicó que se quedara a escucharla tocar el piano. Nada deseaba más que quedarse, pero interpuso una excusa de trabajo y salió de la casa de los Montes como despavorido. Al llegar a la esquina, se aflojó el plastrón, se quitó el sombrero y se enjugó el sudor de la frente. Más compuesto, tomó por la calle de la Piedad rumbo a lo de Catalina del Solar.

Se casaron tres meses más tarde en la iglesia de San Francisco a pedido expreso de Laura, aunque las reglas del buen tono dictaban que las bodas se celebraran en la intimidad de los hogares. Pero la niña se encontraba más excitada que la novia, y su entusiasmo y afabilidad contagiaban al resto, que terminaba por concederle cualquier deseo. La mañana de la boda se levantó muy temprano a cortar los azahares del jardín de la abuela Ignacia que Catalina llevaría al entrar en la iglesia. María Pancha la ayudó a preparar el ramo, que, luego de atar con cintas de raso blanco, acomodaron en una caja entre algodones y enviaron a lo de Catalina con Eusebio, el cochero de don Francisco.

Julián vio a Laura tan radiante y hermosa aquella mañana que un arrebató casi lo lleva a abrazarla y besarla frente a su parentela y a la de la novia. Conversaba resueltamente y gesticulaba más de lo apropiado. Muchos la escuchaban, y doña Luisa, para esponjarla, aseguraba que Laurita había colaborado en los preparativos de la boda. La mujer le había tomado cariño a la hija de Magdalena, más por compasión que por simpatía, pues, según afirmaba, la situación de la niña Escalante era de lo más inconveniente y comprometida.

Esa alegría de Laura le dolía a Julián profundamente. Se reprochó no haberla esperado, cinco o seis años habrían bastado. Para esa época él ya sería un cuarentón, ella una joven preciosa de casi veinte. El apremio de su familia y la de su novia después de tanto tiempo de compromiso habían ayudado a declinar la idea de la espera. De todos modos, trató de convencerse, Laura jamás encarnaría el tipo de esposa que él necesitaba: demasiado atrevida, orgullosa, caprichosa y rebelde.

Catalina, en cambio, hablaba o callaba en el momento oportuno, era mesurada y condescendiente, y no mostraba esa afición demencial por los libros ni esas ansias incontrolables de aprenderlo todo que hacían de Laura un ser completamente distinto. Sin embargo, Julián terminó por aceptar que aquellos rasgos tan inadecuados de Laura eran los que lo fascinaban. Pero más allá de las presiones familiares, de lo conveniente del matrimonio con Catalina o de lo inconveniente de la personalidad y situación de Laura, lo desasosegaba día y noche el presentimiento casi certero de que, aunque esperase a Laura una eternidad, ella jamás lo amaría ni lo desearía con la intensidad que él la amaba y deseaba. Lo veía siempre como a un hermano mayor, el que había suplido magistralmente la falta del mentado Agustín Escalante.

Catalina resultó la esposa complaciente, abnegada y dulce que él había imaginado, mientras Laura, con los años, se abrió en la flor que él también había imaginado. Las protuberancias poco estéticas se convirtieron en dos senos prominentes y llenos, que los escotes de los vestidos parecían incapaces de contener. La cintura se le afinó notablemente y se le redondearon las caderas. María Pancha ya no le rizaba el cabello sino que se lo trenzaba y recogía a la altura de la nuca. Los contornos del rostro habían perdido los últimos vestigios de puerilidad, y ahora los pómulos y los labios eran los de una mujer.

Julián debía soportar en silencio estoico los comentarios de sus amigos y de los hijos de sus amigos respecto de la hija del general Escalante. Su belleza exótica centraba las conversaciones en el café algunas tardes, y Julián se volvía taciturno y callado en esas ocasiones. Los hombres coincidían en que la Escalante, aunque hermosa y divertida, resultaba demasiado impetuosa, inteligente y pobre. Era famosa la batahola que había tenido lugar en lo de Montes cuando Soledad y Dolores encontraron en un arcón debajo de la cama de Laura un ejemplar de *Lélia* y otro de *Indiana*, dos de las novelas más escandalosas de George Sand, que la Iglesia había condenado públicamente y sumado al *Index*. La insatisfacción sexual de las protagonistas, casadas con esposos seniles y repulsivos, y las ansias por escapar de un mundo mediocre y poco estimulante, empantanado en prejuicios y preconceptos, formaban parte del tenor de los argumentos de *Lélia* e *Indiana*, que terminaron ardiendo en el fuego de la cocina, mientras Laura lloraba y maldecía

en su dormitorio, de donde tenía prohibido salir hasta nueva orden de la abuela Ignacia. Nadie lo mencionaba en presencia de Julián, pues conocían el amor fraternal que lo unía a la joven, pero los hombres creían que Laura Escalante habría sido la *cocotte* perfecta de un caballero de sociedad.

Julián nunca llegó a amar a Catalina, pero sí a tomarle sincero cariño, por eso se desoló la noche que su mujer murió de fiebre amarilla, una víctima más de la epidemia que devastó a Buenos Aires y al litoral del país durante 1871. Meses atrás Catalina había sufrido un aborto espontáneo, y la pérdida de sangre la había dejado débil y vulnerable. Cuando comenzaron los síntomas de la fiebre, el doctor Olivera previno a Riglos de que no existían mayores esperanzas. Eduardo Wilde, médico y amigo de Julián, ratificó el diagnóstico de su colega.

Laura fue de las que ayudaron a preparar el cuerpo de Catalina del Solar. La desnudaron y limpiaron con agua de lavanda, le colorearon delicadamente las mejillas con carmín y le adornaron la frente con una tiara de rosas rococó. La vistieron con su traje de novia, y Laura volvió a cortar azahares del jardín de la abuela Ignacia para confeccionar el ramo que Catalina llevaría sobre el pecho. La velaron en casa de sus padres y la enterraron en el cementerio de los Recoletos Descalzos. Los del Solar no hallaban consuelo, siendo como era la única hija mujer. Doña Luisa se negaba a aceptar que Catalina ya no existía, y Laura no se apartó de ella en lo que duraron las ceremonias y ritos. Aunque se acercó a Julián para consolarlo y darle el pésame, lo notó extrañamente esquivo y ensimismado.

Julián albergaba una gran culpa. Muchas veces, arrepentido de su boda con Catalina y muriendo de amor por Laura, había deseado recuperar la libertad. Ahora, sin embargo, un vacío inexplicable le ocupaba el alma. La echaba de menos. Quería regresar del bufete y hallarla en la sala sentada en su confidente leyendo la vida de algún santo o bordando manteles. Quería escuchar su voz suave y dulce que tantas veces lo había serenado. O sentir el calor de su mano cuando le acariciaba la mejilla. Durante esos años había tenido un tesoro bajo las narices y no lo había apreciado, en cambio había deseado enfermizamente a una niña que solo buscaba en él la figura paterna que le faltaba. La culpa y el arrepentimiento lo tornaron hosco y meditabundo, y solo conseguía

tranquilidad cuando se sumergía en la investigación para su libro sobre historia argentina que lo mantenía despierto gran parte de la noche.

En los días que siguieron a la muerte de Catalina, Laura trató en vano de hablar con Julián. Lo visitó en su casa, pero el ama de llaves le informó que el señor se encontraba indispuesto y que no la recibiría. Cambió la misa de San Francisco por la de San Ignacio, pero tampoco lo vio allí. Marchó una mañana al bufete y el asistente de Julián le mintió que el doctor Riglos estaba de viaje. Laura terminó por aceptar que, a causa de una inexplicable razón, Julián Riglos no quería verla, y decidió apartarse por un tiempo.

Julián supo que Laura Escalante se había comprometido con Alfredo Lahitte un mediodía que almorzaba en casa de su suegra. Nadie lo advirtió, pero la noticia le hizo perder los colores y, aunque sus parientes políticos continuaron comentando, Julián no escuchaba. Un repelús le puso la piel de gallina y una pesadez en la boca del estómago le impidió seguir comiendo. Lo crispaba el sonido de los cubiertos que golpeaban la vajilla o el de la gente que masticaba, y la voz chillona de doña Luisa le llegaba a los oídos como un zumbido molesto. A punto de levantarse de la mesa y abandonar lo de del Solar, la llegada inopinada de Laura lo devolvió a su silla.

La joven se disculpó por la demora y tomó asiento frente a Julián, a quien apenas saludó con una inclinación de cabeza. Enseguida, y mientras la servidumbre llenaba el plato de Laura, doña Luisa retomó los detalles del noviazgo más popular de la temporada y, sin mayores comedimientos ni modestia, se achacó la conveniente unión, pues, según afirmaba, ella había desempeñado el papel de celestina. Laura sonreía y afirmaba con la cabeza. Solo Julián, que la conocía tanto, leyó en su expresión que no era feliz.

Luego del café, y cuando la reunión declinaba, Laura anunció que se marchaba, y Julián ofreció acompañarla. Caminaron en silencio. Habían pasado casi dos años de la muerte de Catalina y aún más desde la última vez que habían conversado y reído juntos. Con todo, durante el trayecto en el que no dijeron palabra, ninguno se sintió incómodo o intimidado, por el contrario, los envolvía un halo de serenidad.

Al llegar a lo de Montes, Laura fue la primera en hablar para invitar a Julián a beber limonada. En el patio, se sentaron en el poyo junto al

aljibe, y Laura recordó que muchas veces lo había hecho sobre las rodillas de Julián. Ahora ella era una mujer y Julián Riglos, un hombre. Sola había vislumbrado los motivos del alejamiento después de la muerte de Catalina, y María Pancha había terminado por echar la luz que faltaba sobre ellos. Por eso, cuando Julián le tomó las manos esa tarde y le dijo que la amaba, que la había amado siempre, Laura no se sorprendió. Julián le pidió que dejara a Lahitte y que se casaran de inmediato, no tenían por qué esperar, nada les impedía ser felices, él cuidaría de ella y la convertiría en una reina, le daría lo que se le antojase y más, nada le faltaría. Pero Laura se negó repetidas veces. Y cuando Julián, casi perdiendo los papeles, la increpó al preguntarle qué tenía Lahitte que a él le faltaba, ella le contestó sin mirarlo:

—A ti te quiero como a un hermano, mientras que a Lahitte no lo quiero de ninguna manera.

—¿Por qué te comprometiste con él entonces? —se desesperó Julián.

—Tú sabes por qué, no me hagas decirlo.

Julián la abrazó y le besó la mejilla con la única intención de ahuyentar de ella la sensación de tristeza, de desamparo y soledad. Se reprochó esos años de inútil alejamiento y el esfuerzo por no amarla. Solo había conseguido lastimarla y lastimarse. Se había comportado como un resentido y un patán al dejarla sola en medio de tanta adversidad. La había castigado cuando ella no era culpable, ¿o acaso podía achacarle a Laura su propia estolidez? Se retractaría, le pediría perdón, Laura debía saber que ahí estaba él para ayudarla, que siempre estaría, pero no pudo hablar, y Laura entendió el ímpetu de su abrazo.

La noche del telegrama del padre Donatti, Laura no dudó en escribir una esquela a Julián pidiéndole ayuda. María Pancha se escurrió de la casa sin levantar sospechas y caminó a paso rápido hacia el café de Marcos, donde sabía que hallaría a Riglos. Tomó unos alfeñiques del bolsillo del mandil, se los dio al niño que cuidaba los caballos y le pidió que entrara en el café y buscara al doctor Riglos. A poco, Julián estuvo en la calle, con el gesto desencajado.

—¿Le pasó algo a Laura?

—Nada a ella, pero sí a su hermano Agustín. Aquí se lo explica —y le entregó el sobre.

Julián leyó la nota y se quedó pensando. Acordó con María Pancha encontrarse a medianoche en el portón de la casa de Montes, por donde antiguamente entraban los coches. Regresó al café, pero como no pudo concentrarse en las anécdotas de sus compañeros, pagó la cuenta y se marchó. Anduvo sin rumbo sobre el lomo de su zaino por las calles del barrio de la Merced a la espera de que trascurrieran las dos horas que faltaban para la cita. A metros de la ochava donde se hallaba la parte trasera de lo de Montes, vislumbró las figuras de dos mujeres envueltas en sus rebozos.

Al ver a Riglos, Laura avanzó unos pasos, se quitó la capucha y le sonrió.

—Gracias por venir —dijo a modo de saludo y le tomó las manos—. Sabía que podía contar contigo.

—Creo que lo que estás por hacer es una locura y no voy a ayudarte esta vez.

Laura lo soltó. ¿Es que no se daba cuenta de la urgencia del problema? ¿Tan difícil resultaba entender que su hermano estaba gravemente enfermo y que ella quería cuidarlo y acompañarlo? ¿Por qué, siendo una mujer sana y fuerte, no disponía de su vida y de su destino? Otros cuestionamientos se le atragantaron, pero no perdería tiempo en discusiones. Ella y María Pancha dejarían Buenos Aires muy temprano a la mañana siguiente y, aunque no tenía la menor idea de cómo lo haría sin la ayuda de Riglos, expresó con aire de ofendida:

—Está bien, no te preocupes, si tú no me ayudas ya encontraré el modo de llegar a Río Cuarto por mi cuenta.

Dio media vuelta, dispuesta a regresar a su casa. Julián la sujetó por el brazo y, cuando Laura volteó a verlo, supo que la batalla estaba ganada.

—Te voy a ayudar —claudicó el hombre—. Pero ¿eres consciente de la catástrofe que se te vendrá encima? ¿Qué dirá Lahitte? Se pondrá como una fiera, y con razón.

—No lo defiendas, tú no eres amigo de Lahitte, ni siquiera te cae bien. Lahitte está en Carmen de Areco, en el campo, con su padre, y yo no puedo esperar a que regrese. En el ínterin mi hermano Agustín... En fin, no puedo esperar —resolvió y bajó el rostro para ocultar que le brillaban los ojos—. Lo único que te pido es que me prestes un

poco de dinero, lo suficiente para pagar el pasaje en la diligencia y para mantenerme en Río Cuarto. Si tuviera tiempo, vendería mis arracadas de esmeraldas a Florencia Thompson; siempre le han gustado, pero no cuento con tiempo y por eso debo recurrir a ti.

—Laura, Laura —murmuró Julián y le apretó los hombros—, no te justifiques. Hiciste muy bien en recurrir a mí, ya te dije que te voy a ayudar. Lo único que quiero es que sopeses las consecuencias de lo que vas a hacer, no quiero que luego te arrepientas y sea imposible volver atrás. ¿Te imaginas lo que dirá Lahitte? —insistió, al entrever con mayor claridad la baladronada de Laura—. Quizá hasta quiera romper el compromiso. ¿Y tu madre? No quiero ni pensarlo.

—Escúchame bien, Julián: iré a Río Cuarto a como dé lugar, y nada ni nadie me impedirá estar con mi hermano en este momento.

No quedó resquicio para una nueva queja o intento de disuasión. Como siempre, Laura zanjó la cuestión yendo al grano y hablando sin rodeos. Ahora debían programar en pocas horas un viaje de varios días. Julián se llevó la mano a la frente y meditó las mejores alternativas.

—Aunque el Ferrocarril Andino llega hasta Río Cuarto, me parece conveniente que vayamos en mi coche —manifestó finalmente.

—¿Vendrás con nosotras? —se alegró Laura.

—Por supuesto —respondió Julián—. Jamás te dejaría sola en semejante aventura. Mañana a las seis estaré esperándolas en la esquina de Cangallo y Reconquista.

—¡Ah, no! —soltó María Pancha—. No iré a ninguna parte sin oír la misa del buen viaje. Ya lo hice una vez hace muchos años y me fue muy mal. No cometeré dos veces el mismo error —se empacó y, por más que intentaron persuadirla de la conveniencia de salir apenas hubiese amanecido, se mantuvo firme en esa tesitura.

Decidieron partir a las siete, luego de la misa del buen viaje, la cual, según órdenes de María Pancha, debían oír los tres. Nadie durmió esa noche. Laura metió su ropa, libros y demás bártulos dentro de un baúl pequeño, mientras María Pancha hizo otro tanto en una sábana que ató con dos nudos; también preparó una espuerta repleta de mejunjes, brebajes y tónicos que, pensó, serían los apropiados para sanar a su niño Agustín.

Julián Riglos llegó a su casa alrededor de las dos de la madrugada y de inmediato despertó a su sirviente, que le preparó la maleta mientras él escribía las directivas para su asistente, a cargo del bufete y otros negocios. Por fortuna, durante los meses estivales todo se mantenía tranquilo. Lacró el sobre y lo entregó a su criado, con la orden de llevarlo personalmente al día siguiente. Más tarde, decidió tomar un baño, quizá el último decente en mucho tiempo. En la tina, con el agua hasta el cuello, Julián distendió los músculos, cerró los ojos y vio a Laura. Compartirían varios días. Ella dependería de él, como una esposa del marido. Él la protegería, pagaría sus gastos y los de su hermano, la acompañaría en los duros momentos que se avecinaban, se haría cargo de cada detalle, nada le faltaría. Después de todo, se dijo, esa era la oportunidad que el destino le ofrecía para conquistarla y hacerle entender que nadie la amaba más en este mundo.

Resultaba claro que Laura, en medio de su arrebato, no avizoraba la tormenta que afrontaría de regreso en Buenos Aires. Su familia jamás le perdonaría la afrenta, menos aún el petulante y orgulloso Alfredo Lahitte. Los Montes, aferrados como estaban a los preceptos religiosos y tradiciones sociales, llegarían hasta el extremo de echarla del hogar. En medio de ese terremoto, en el cual los pedazos de la vida de Laura caerían con estrépito, él, Julián Riglos, volvería a aparecer como el ángel guardián y el salvador.